

DEMONIOS DEL MEDIODÍA

MEMORIAS DE SOBREMESA

LA VIDA DE LA ESTACIÓN

ASÍ COMO LA luz persiste durante algunos segundos después de haberse apagado la lámpara, ésta, una vez hemos cerrado los ojos, gravita en los párpados como una cálida constelación de puntos sobre un fondo anaranjado; de un mismo modo, el arabesco que describen los gusanos de luz alrededor de los arbustos es el trazo de sus vidas efímeras —a veces, sólo unas cuantas horas en el estío. Y ese dibujo, a partir de entonces, sobrevivirá en la memoria de la Naturaleza más como presentimiento que como irrealidad.

Proust consideraba muy razonable la creencia céltica de que las almas de los seres queridos sufren cautiverio en el cuerpo de otro ser: un animal, un vegetal, alguna cosa inanimada; y que, un día, de pronto pasamos junto a ese mismísimo árbol o tomamos justamente aquella piedra. Esas almas, entonces, se estremecen y nos llaman desde su cárcel: Se ha roto el sortilegio, vengén a la muerte y recobran nuestra compañía.

Las horas transcurren con lentitud. He buscado alivio al calor bochornoso en la brisa del jardín; al ver los arabescos de esas criaturas luminosas alborotar la noche entre los setos, al perseguir con la mirada sus evoluciones —elipses, ochos como signos infinitos— he pensado en ti: Virginia, aquella estrella fugaz de la adolescencia de mi padre.

¿He pensado en ti, o has sido tú quien me ha llamado a mí? En cualquier caso, creo haberte librado del sortilegio. Lo creo, quizá, porque tu recuerdo no pertenece al Mediterráneo, donde ahora vivo, sino a las sobremesas madrileñas de mi adolescencia: los últimos sorbos de vino, la copa de coñac o la sambuca flameada con un grano de café. Tu historia es un fragmento de la memoria de mi padre, y lo que trazo ahora, como el vuelo de las luciérnagas, dibuja la estela de otra vida. Su luz no es la mía; cierto, pero tampoco es sólo suya: alumbraba la existencia de un tiempo ajeno y mío.

Todos los personajes de las historias de mi padre, sus batallas, al trasluz de aquellas conversaciones cobraban un aire enrarecido, lejano. Aún hoy parecen posar ante la cámara oscura de un fotógrafo decimonónico, como sí allá, en el puerto de Buenos Aires, ahora aguardaran el fogonazo de magnesio. Sí, aquellas vidas se detuvieron en el daguerrotipo para que mi padre las retratará, siempre un pañuelo blanco entre las manos,

que agitaban entre la campiña genovesa y las montañas de Asturias, la mirada sorprendida por la inmensa sabana, los campos de trigo, su nueva España, su nueva Italia.

La familia abandonó el puerto durante la primavera de 1917, porque mi abuela —una joven campesina nacida en Luarda— había contraído la tisis y necesitaba de un clima más benévolo, menos extremado, para sobrellevar la enfermedad. Por aquel entonces había un sanatorio que distaba algunas horas de la capital, junto a una pequeña población de la provincia de Buenos Aires, que se llamaba General Rodríguez. A decir verdad, General Rodríguez no era más que una calle: daba principio en la iglesia y concluía en la estación del ferrocarril. Lo demás era pampa, eran pastizales y horizonte abierto.

Como es natural, la vida en General Rodríguez giraba alrededor de la estación del ferrocarril. El tren que iba camino de Buenos Aires se detenía, todos los días, una hora en la estación. Aquella era la única hora de vida verdadera en General Rodríguez. Sus gentes, vestidas con las ropas del domingo, acudían allí, paseaban por el andén hasta la llegada del convoy.

Virginia casi nunca pasaba por la estación cuando llegaba el tren, porque su padre, un estricto alemán que detestaba la frivolidad, se lo había prohibido terminantemente: Herr Heinrich Frost era todo un personaje en General Rodríguez.

Mi padre —ahora, en una de aquellas sobremesas— toma la copa de licor, la caldea entre las palmas de las manos, da un sorbo y dice: "Como Herr Heinrich era protestante y prosperaba y estaba de buen ver, la lengua de mi tía Ornela, una solterona genovesa al borde de la cincuentena, se afilaba contra aquel viudo rijoso, como ella le apodaba. Y también contra Virginia, por la que yo sentía un imposible amor secreto. ¡Cuántas veces, aún hoy día, sueño con ella! Ya forma parte de mis sueños como en aquel entonces formaba parte de mis ensoñaciones, cuando iba, con mi hermano Héctor, a pescar al río y la mirada se me perdía en los remolinos de la corriente. En los remolinos de la corriente, adonde yo lanzaba el sedal porque tenían la forma de sus ojos, y adonde —yo lo sabía— dormitaban los más grandes peces."

Uno de aquellos días en los que Herr Heinrich Frost se ausentaba de General Rodríguez —porque había ido a la capital a practicar alguna diligencia, o para entrete-

nerse con Elena Wolf, una judía alegre— Virginia, resuelta a divertirse, vistió su mejor traje y se fue, a pesar de los reproches de su ama María, de paseo a la estación. Era el veinticinco de noviembre, plena primavera y el corazón le golpeaba el pecho... Tenía diecisiete años.

Sólo el Jefe de la Estación pareció extrañarse de verla allí. Ni las hermanas García Fernández, gemelas vallisoletanas, treintonas, solteras y fésimas; ni Alessandro Vitani —el capataz del aserradero, que andaba en amores con Vizencina Orsini, tía segunda de mi padre—, ni Marieta, Clara, Isabel y Olga, compañeras suyas en el salón de estudios, ninguno, nadie entre los conocidos, mostró alguna suspicacia. Los primeros la saludaron con familiaridad, sus amigas se alegraron de que hubiera ido y Virginia se unió a ellas. A las seis menos cuarto de la tarde, con sólo quince minutos de retraso, se escuchó —amortiguado por la lejanía— un largo pido. Todos se volvieron hacia el Norte. Ya se veía la estela de humo.

Antes de detenerse, el tren resopló, chirriaron sus mecanismos, y otra vez, aquel mundo suspendido a su alrededor —familiares, curiosos, militares, comerciantes, maleteros, ferroviarios—, como si obedeciera a una señal, se puso en movimiento. Era la vida de la estación. Marieta, Clara, Isabel y Olga intercambiaron sonrisas cuando los viajeros se apearon del tren. Todas ellas, naturalmente, soñaban con alguna aventura, se divertían porque sabían que sólo era un sueño, una tentación imposible, un juego. A Virginia, aquella novedad y lo que todo aquello prometía le suscitaban, en cambio, la íntima comezón del pecado.

Él tenía, necesariamente, que llamarse Virgilio: Todos los días viajaba en el mismo tren y descendía, siempre en General Rodríguez a estirar las piernas, pasear un rato y entretenerse con la animación. Aún restaban dos horas de marcha hacia la capital, cuando menos, y aquél siempre era un respiro agradable. Virgilio, quien deambulaba distraído en el barullo de la estación, era alto y de porte elegante; vestía un traje en buen uso, sin ser nuevo, de una alpaca muy liviana, y se protegía del sol con un canotier. La verdad es que no llamó la atención ni de Marieta, ni de Clara, ni de Isabel, ni de Olga. Y sólo causó una vaga, pero definitiva, primera impresión en Virginia.

—¡Viajeros al tren!

A esa orden del Jefe de Estación, otra vez el universo se detenía, hasta que el estruendo y los resoplidos de la máquina, luchando para echar a rodar con el primer impulso, volvían a ponerlo en movimiento: General Rodríguez ahora se recogía.

Virginia, a partir de entonces, siempre que Herr Heinrich hacía algún viaje de negocios —lo cual, últimamente era, sin ánimos de lucro, casi a diario— vestía los trajes del domingo y, a las cinco y media de la tarde, corría a pasear a la estación y a ver de lejos a aquel joven, que tenía cosas al parecer muy importantes en qué pensar. Un día, algunas semanas después, ya en los rigores de enero, se decidió. Porque todo ocurrió así,

tan rápido, ni ella misma supo si obró por insolación o porque, justo en aquel momento, cuando paseaba por el andén, Virgilio, mientras cavilaba, le sonrió. Entonces, Virginia se detuvo frente a él y le dijo:

—¡Hola!—, como quien no quiere la cosa.

Fue un sobresalto mutuo. Después, hablaron y pasaron, el Jefe de Estación reparó en aquella súbita amistad, el tiempo se fue volando, sonaron la campanilla, el silbato, se despidieron y el tren volvió a alejarse.

Durante aquel largo verano de 1928, incluso durante las fiestas navideñas, para evitar la curiosidad de Marieta, Clara, Isabel y Olga; para capear las murmuraciones de las hermanas García Fernández; para no ser advertidos por el capataz Alessandro Vitani, novio de Vizencina Orsini; y para rehuir al sarcástico Jefe de Estación; en fin, para salvarse de todo peligro, Virgilio aguardaba a Virginia en el vagón, todos los días, y ella, escondida en el ajeteo, subía a reunirse a solas con él en su compartimiento, ahora vacío. Cerraban el seguro, bajaban las persianillas, primero —como era de rigor— se llamaban de usted, enseguida se tutearon y, por fin, después de cinco encuentros, no tuvieron más remedio que besarse.

Virgilio tenía veintiséis años, nueve más que ella, pronto acabaría la carrera de Derecho y podría consolidar su situación en el bufete, donde oficiaba de último secretario. Ahora sentía el incómodo prurito de un nuevo cambio de piel.

Quizá tuvo miedo del otoño, cuando, aquella última tarde del verano, a primeros de marzo, le propuso matrimonio. Ella, entonces, le besó, y luego, cerrando los ojos en ardiente silencio, se entregó a él, al amparo de una penumbra aún más furtiva. Era la primera vez.

La ausencia casi permanente de Herr Heinrich Frost, sobre todo en aquel repentino y baldío otoño, habría de aumentar la desazón y la malignidad de la tía Ornela —que le amaba en secreto— y quien era, por desgracia, la hermana política de Atilio Luppo, el Jefe de Estación, un friulano, más bien ladino, que vivía bajo el dominio temperamental de su esposa, más napolitana que genovesa. La tía Ornela, por su puesto, ya estaba al corriente de los amores prohibidos de Virginia. Las murmuraciones ahora corrían por la única calle de General Rodríguez como la hojarasca, a golpes de un viento caprichoso y traicionero.

El 23 de marzo de 1929, un impertinente e insidioso viento del Sur barría el pueblo desde la estación hasta la iglesia. Aún así, mientras no lloviera o no fuera en pleno invierno, las gentes acudían al ferrocarril a las cinco y media de la tarde, enfundadas en prendas de abrigo. Aquel día, Herr Heinrich Frost no había ido a la capital a practicar alguna diligencia, ni a entretenerse con la alegre Elena; aún así, Virginia urdió una excusa convincente para poder salir de casa y corrió a la estación.

El tren ya había llegado. Virginia, sin guardar precaución alguna, se dirigió al vagón y subió. Virgilio la aguardaba con impaciencia. Bajaron las persianillas y cerraron

la puerta del compartimiento con seguro. Luego se besaron y abrazaron mientras se desnudaban mutuamente.

Atilio Luppo aguardó un tiempo prudencial antes de subir al vagón y abrir la puerta del compartimiento con una llave maestra. Los jóvenes amantes, tan súbitamente descubiertos, dieron un brinco y se levantaron desnudos, aún plenamente excitados pese al susto. El Jefe de Estación enrojeció de ira y de vergüenza, aunque disfrutaba de la situación, porque su ira y su vergüenza en realidad escondían los deseos de una piara. Virginia se cubrió apresuradamente, como pudo, mientras Virgilio se ceñía los pantalones y farfullaba confusas explicaciones.

Cuando Virginia se hubo vestido, Atilio Luppo, agarrándole la muñeca, casi la arrastró por el pasillo del vagón; descendieron al andén y la condujo, entre mequinos comentarios de la vecindad, hasta su despacho en la Jefatura de la estación, donde la dejó encerrada bajo llave. Allí, sola, Virginia ahora temblaba de pura perplejidad. Más allá del ventanal, testigo desapacible de aquel destino, celaba un enjambre de miradas.

El friulano corrió a la centralita, accionó la manivela del teléfono, y se puso al habla con la tía Ornela. De inmediato, a una orden de ella, llamó a Herr Heinrich Frost.

Sin perder un minuto Herr Heinrich Frost se encaminó, enfundado en su abrigo negro, a la estación. En la puerta de la Jefatura Atilio Luppo le aguardaba, impaciente, rodeado de curiosos. El alemán, cuyo rostro mostraba una expresión glacial, desesperada, entró en el edificio, precedido por el friulano, sin saludar a nadie.

Atilio Luppo abrió la puerta del despacho y señaló a Virginia. Su padre primero le dirigió una mirada, muda, luego su rostro se encendió y acto seguido se contrajo. Contuvo un sollozo, respiró profundamente. Pudo resistir el impulso de golpearla allí mismo, la tomó del brazo con violencia y la empujó hacia fuera.

Cuando salieron de la Jefatura, el tren ya había arrancado y se alejaba. Virgilio, que iba asomado a la venta-

nilla, agitó las manos. Virginia se volvió para despedirle, zafándose de su padre. Entonces, se escucharon algunos cuchicheos que sacaron de quicio a Herr Heinrich Frost. El alemán, súbitamente, reaccionó al demonio de aquellas miradas, condujo a su hija a empellones desde la estación hasta el domicilio familiar, junto a la iglesia, para encerrarla.

Cuentan que al día siguiente de ocurrir los hechos, el alemán hizo guardia, armado, en la estación, por si el amante se atrevía a volver. Y cuentan que no fue así, que aquel atrevido joven nunca regresó a General Rodríguez. Se dijo que las cartas que pudo haberle enviado eran cartas de despedida, y no de amor, aunque ardió antes de ser leídas en el fogón de la cocina. Sí, aún hoy se cuentan muchas cosas.

A principios de aquel invierno Herr Heinrich Frost habría de recibir las aguas del Bautismo antes de casarse con la tía Ornela. Una boda a la que Virginia no asistiría, porque, desde aquella amarga tarde, nunca más habló con nadie, excepción hecha de mi padre, quien a veces las visitaba. Se había negado a comer, a salir de su habitación, se iba consumiendo pese a los esfuerzos de su ama María y de Herr Heinrich, más desesperado que arrepentido, incapaz de comprenderla. De aquella aflicción sólo habría de sacar partido la tía Ornela, quien de inmediato se ofreció como paño de lágrimas, *desinteresadamente*, para ayudar a aquella *pobrecita* familia protestante.

Tan sólo cuatro meses después de la boda, pese a la solicitud de la madrastra, a Virginia la vida le había escapado de los ojos, que eran como los remolinos de la corriente. Quizá nunca habría podido albergar otra esperanza y murió sin ver amanecer, víctima de la conunción, poco antes de cumplir dieciocho años.

Qué poco duró aquella estrella fugaz de la adolescencia de mi padre, este sortilegio ahora roto entre los arborescos de las luciérnagas...



Ex libris de Vittorio Alfieri

